

## LOS CRISTIANOS Y LA POLITICA

Marcos Villamán\*

### A manera de introducción

A estas alturas es ya una afirmación ganada que todos los cristianos, sin importar su condición y de manera diferenciada, tenemos y debemos tener una participación política. En coyunturas electorales, como es nuestro caso, a pesar de la diferenciación en la participación en razón de los estados de vida cristiana, todos participamos también. Votar, no votar, orientar, etc. son maneras específicas de esta participación puesto que para actuar de una forma u otra se nos impone una decisión política ideológica entre las diferentes ofertas políticas existentes.

Así las cosas se nos impone como exigencia ciudadana y demanda de nuestra fe la realización de un proceso de discernimiento, tal y como hacemos en otras circunstancias de la vida orientado a la opción práctica que consideremos más consonante con nuestra condición creyente. Las opciones posibles reducen o giran en torno a: 1ro. votar o no votar;<sup>1</sup> 2do. En caso de decidir votar, "por quién votar"; 3ro. además de votar o no votar, cuáles otras formas de participación política cultivar. Estas posibilidades no agotan el espectro; pero sí sitúan nuestra reflexión en estas páginas.

Para poder realizar el mencionado proceso de discernimiento se hace necesario siempre conjugar un conjunto más o menos amplio de

---

\* Licenciatura en Teología (Instituto Teológico de Estudios Superiores, México, 1984) y Maestría en Sociología (Universidad Iberoamericana, México, 1984). Decano Ciencias Sociales, Intec. Publicó *Leyendo el Evangelio de Lucas* (1982) y *Mesianismo y Poder en el Evangelio de Marcos* (1988).

elementos. Nosotros nos ocuparemos de cuatro de ellos que consideramos importantes : a.- Una visión de la situación presente y, de los pobres en esa situación; b.- Recordar nuestros criterios o referentes evangélicos ; c.- Plantearnos el paso de los referentes a las "mediaciones históricas" para la acción y d.- Hacer conciencia de algunas dificultades que se nos presentan a los cristianos al momento de nuestras opciones políticas. Son estos cuatro puntos los que van a concentrar nuestra atención.

### I. Algunos elementos del tiempo presente

No seremos muy extensos en este punto pues ya en otras ocasiones nos hemos referido a ella. Además otras personas también han hecho lo propio de manera muy adecuada. Sólo señalaremos algunos elementos que nos interesa poner de relieve de cara a precisar, más adelante, las exigencias a nosotros y nuestras responsabilidades.

La situación por la que atraviesa la sociedad dominicana se caracteriza por la presencia de problemas ya viejos que se combinan con algunos elementos antes desconocidos por nosotros y que matizan aquellos viejos problemas. Esto es así tanto desde el punto de vista socio-económico como político. La gravedad de los problemas y las dificultades para su superación ha permitido hablar de una situación de "crisis", que parece ser compartida con otros países latinoamericanos.

La existencia de una serie de viejos problemas que afectan de manera directa y dramática las posibilidades de vida de las grandes mayorías es un rasgo permanente de la situación presente. Estos problemas -desempleo, subempleo, migración, deficiencia de todos los servicios, etc...- se han radicalizado en el tiempo presente al combinarse con una serie de nuevos problemas hasta ahora desconocidos por nosotros, por lo menos, en esta magnitud. Tal es el caso de la inflación que reduce permanentemente el salario real de los sectores populares, la magnitud de la deuda externa y las consecuencias para la inversión.

A lo anterior habría que añadirle la sensación o percepción popular de un permanente postergamiento de la solución de sus problemas o de la satisfacción de sus demandas por parte de los gobiernos de turno y, por lo mismo, de los partidos políticos a través de los cuales se constituyeron aquellos gobiernos. Parece generarse así una cierta desconfianza popular en el sistema político de cara a la realización de proyectos efectivamente populares a través de la mediación partidaria. Es en este contexto que se ha hablado de un cierto desencanto y frustración populares.<sup>2</sup>

Se combina lo anterior con la presistencia, en el campo socio-político, de formas tradicionales de hacer política marcadas por elementos harto señalados de nuestra cultura política como el clientelismo, el caudillismo, el providencialismo-mesianico, etc... Esto limita la presencia de nuevas formas y posibilidades.

Enraizado en todo lo anterior nosotros queremos llamar la atención a una problemática que constituye, a nuestro juicio, lo más tenebroso de la condición presente: la desconfianza en el futuro del país. Dicho de otra manera, la incertidumbre con respecto a la viabilidad de la nación. De más en más los dominicanos de diversos sectores sociales se plantean la **emigración** como horizonte de futuro. Esta es quizás la expresión más dramática de la desconfianza en nuestras posibilidades de construir un futuro para la nación.

En positivo habría que recordar la irrupción de organizaciones populares - sobre todo urbanas- como novedoso actor social que ha reivindicado de manera significativa la participación en el escenario socio-político de la visión, los intereses y las demandas de estos sectores. En algunos momentos también se han hecho presentes organizaciones campesinas con reivindicaciones propias y una significativa representatividad.

Finalmente hay que señalar que nuestra actual coyuntura está dominada, sin duda, por el horizonte electoral y las posibilidades que desde él puedan articularse. Lo anteriormente señalado podría hacernos pensar que la actual contienda electoral iría a estar marcada por una gran ausencia de las masas populares en el escenario político en razón del descrédito antes mencionado. Esta manera de entender los procesos podría no ser adecuada. La pérdida de credibilidad en el sistema político no se expresa necesariamente como estampida de la contienda electoral. Esto así por varias razones: a.- los mismos elementos señalados de nuestra cultura política que hacen percibir el acceso al poder como posibilidad de obtención de prebendas (clientelismo-prebendalismo); b.- Quizás también la juventud de nuestra experiencia democrática que impide una desconfianza o descreimiento de niveles más profundos; c.- la fuerza simbólica del evento electoral que lo capacita a mover de nuevo los elementos de una esperanza popular que se hace presente y motiva la acción participativa.

Así las cosas, es en este contexto donde los cristianos tendremos que ejercer nuestra responsabilidad política y para lo cual estamos obligados a serios procesos de discernimiento que anclados en la coyuntura sean capaces de trascenderla.

## II. Algunos referentes evangélicos

Es evidente que si de discernimiento se trata la primera referencia para ello deberemos buscarla irremediabilmente en el Evangelio y más precisamente en la práctica de Jesús. De esta manera hacemos un esfuerzo por vivir la inserción y presencia políticas desde los valores y las intuiciones de nuestra experiencia de fe.

### 2.1 El Reino de Dios...la gran utopía de Jesús<sup>3</sup>

"Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva."

Mc. 1,14-15

Es algo ya aceptado en la diversidad de la reflexión teológica que el Reino de Dios y específicamente el "Reino de Dios a los pobres" constituyó el horizonte de la práctica de Jesús. Fue el centro de su esperanza y, por lo mismo, la motivación y objetivo de su práctica.<sup>4</sup> El esfuerzo por hacer presente el Reino o reinado de Dios en la historia guió a Jesús en todo lo que dijo e hizo.

Este reinado, en cuanto que horizonte utópico, lo encontramos presentado como: 1.- Una superación del tiempo presente en un futuro novedoso; 2.- Una realidad en la cual todo lo vinculado a la muerte será destrozado y desterrado por el triunfo de la vida; 3.- Como regalo de Dios (don) y como tarea humana en respuesta a la propuesta de Dios; 4.- El reino se hace presente transformando con poder la realidad y descubriéndole sus potencialidades para un futuro superior y nuevo,<sup>5</sup> en lucha contra las fuerzas del mal que intentan liquidarlo; 5.- Por fin, el reino en su despliegue es un llamado a la esperanza por la certeza de que Dios será la realidad definitiva para la historia humana.

El Reino o reinado de Dios, gran utopía de Jesús y utopía nuestra es intuida<sup>6</sup> como una realidad futura absolutamente novedosa con respecto al tiempo presente. En donde todas las carencias del presente serán superadas y sólo la vida plena campeará. Este futuro es posible sólo porque Dios nos lo regala, sin embargo, este don divino es, a su vez, exigencia para nosotros. Exigencia de compromiso en la transformación del presente hacia aquello que intuimos, balbuceamos y deseamos.

### 2.2 La servicialidad: el poder del Reino

En consecuencia con lo anterior, en Jesús se hace presente el poder del Reino en su tiempo histórico y desde ahí él nos revela definitivamente al Dios del Reino como dador de la vida y, por lo mismo,

destructor de la muerte en todas sus manifestaciones (Cf. Jn. 10,10). Es en este sentido profundo que afirmamos la santidad de Dios. Es un Dios que en su relación todo lo hace santo. Hacer santo es sinónimo de construir vida y vida en abundancia y destruir la muerte que oprime y esclaviza (Cf. Lc. 11, 20). Ser santos consistirá en ubicarse en esta misma dirección del Santo y actuar como él en la práctica histórica. Es exactamente esto lo que hemos aprendido con Jesús (Lc. 4,16-24).

El poder del Reino es realizado por Jesús como un poder servicial en contraposición con la lógica predominante en el ejercicio del poder de su época -y de la nuestra- enclavada en la dominación. El del Reino es un poder servicial pues solamente ese puede efectivamente dar la vida. Tres aspectos quisiéramos reflexionar en torno a este carácter servicial del poder evidenciado en Jesús: a.- Su preferencia por los más pobres; b.- Su respuesta a las necesidades definidas por los pobres y c.- Su llamado a los más pobres a actuar para la satisfacción de sus propias carencias.

### 2.2.1 La preferencia por los más pobres

Si está orientado a dar la vida es normal entonces que se ubique fundamentalmente en aquellos lugares en donde la muerte hace peligrar lo humano, es decir, allí donde están "los más pequeños", "los expoliados", "los humildes", los más pobres. Es allí donde el poder del Reino, ejercido por Jesús, irrumpirá reponiendo o produciendo la vida.

La preocupación de Jesús, ubicado en la perspectiva de un poder ejercido servicialmente, no es el ejercicio del poder en cuanto tal. No, su preocupación son las consecuencias positivas que pueda producirse para la vida de los más pobres. Esta es exactamente la manera como el Dios de Israel ha actuado desde siempre y esa es la manera como Dios actuará en Jesús. Con un poder, poder del Reino, que da la vida concreta a los necesitados. Ya en el "Magnificat" encontramos esta visión con respecto a la intervención poderosa de Dios:

"...Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.

Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.

A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada..."

Lc. 1,51-53

Dicho en lenguaje más nuestro, buscar y realizar el bien común tiene como referencia obligada y primera la creación de condiciones de vida digna para los más pobres. La existencia de la pobreza y la miseria humana es la expresión más elocuente de la ausencia de un ordenamien-

to social en donde se realiza el bien común. Asimismo, intervenir en el escenario social en beneficio de los más pobres es la manera práctica de construir el bien común haciendo lo que Dios quiere. Es esto lo que hemos aprendido desde la práctica de Jesús. Es él mismo quien eleva la capacidad de dar vida a los pobres en criterio de la actuación histórica según Dios.

"Vayan y cuente a Juan lo que oyen y ven: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva: y dichoso aquel que no se escandalice de mí!"

Mt. 11,4-6

## 2.2.2 Respuesta a las necesidades o carencias

No se trata solamente de un estar con los pobres -aunque sin duda el estar sea una condición importante- sino, de una misión que se realiza con y desde ellos. Es un estar para algo. Es un estar activo. Pero no una acción definida por aquel que tiene el poder sino definido con la participación de aquellos que son sujetos de las carencias, los más pobres. Son ellos los que conocen sus necesidades y saben sus prioridades. Jesús nos enseña a ubicarnos en esta dirección.

El poder servicial hace del sujeto que lo ejerce una persona fundamentalmente atenta a los otros. Capaz de escuchar la palabra y la vida de los más pobres. Que intenta, no sin equivocaciones, tomar en serio sus demandas y exigencias. Es así como la servicialidad del ejercicio del poder de Jesús, estará centrada en la satisfacción de las carencias de las grandes mayorías. Diríamos hoy en la respuesta a sus necesidades básicas. Aquellas carencias y necesidades que los colocaban y los colocan cotidianamente al borde de la muerte.

Jesús cura. Las curaciones fueron centrales en la práctica de Jesús (Cf. entre otros Mc. 1, 21-45; 2, 1-11). En todos los tiempos la salud ha sido una reivindicación central de los más pobres por razones obvias. En el tiempo de Jesús sabemos que, además, la enfermedad tenía una connotación socio-religiosa. De esta manera, el enfermo era, a su vez, marginado socialmente al ser considerado pecador. Al curar, Jesús retorna la salud física y social. Así pues, la salud para los más pobres es una señal del reinado de Dios.

Jesús da de comer. La práctica de compartir el pan con muchos sectores de la población judía y en especial con los pecadores y pobres era común en la vida de Jesús. Esta costumbre le valió acusaciones de sus adversarios. La escena de los panes (Mc. 6, 30-44) resume de manera exquisita esta práctica de producir comida entre todos a través del

compartir. Tanta comida que alcance para saciar el hambre secular de las mayorías. La existencia de comida para las mayorías, condición básica de la reproducción de la vida, es una señal de la presencia del Reino.

Jesús enseña. Esto así en muchos sentidos. No sólo en el sentido teórico que podríamos pensar hoy, sino, en el sentido de enseñanza-aprendizaje para la vida. Transformando una forma de pensar por otra, pues, en ocasiones, una manera de pensar nos ata y nos impide avanzar en el logro de los objetivos a los cuales aspiramos. Las enseñanzas de Jesús se orientaban a un provocar una profunda transformación en la escala de valores. A proponer valores nuevos con respecto a los que la sociedad-religiosa de la época pregonaba y que aprisionaban a los más pobres - el compartir, el amor a los enemigos, la fraternidad, el perdón, etc...- Las posibilidades de generación de procesos educativos que produzcan una cultura nueva centrada en la solidaridad y la fraternidad es señal del Reino de Dios.

Jesús perdona y llama a la reconciliación. Y esto en su doble dimensión: personal y social. Jesús otorga un perdón que implica las relaciones de las personas consigo mismas - la transformación del concepto que tenía sobre sí misma- ; las relaciones de la persona con los demás - la aceptación del otro como hermano y la decisión de la construcción de un pueblo fiel -; y las relaciones de la persona y del pueblo con Dios. Es en este sentido como debe entenderse la reconciliación. Una sociedad de opresores y oprimidos es evidentemente una realidad que carece de reconciliación. En consecuencia, una sociedad -tanto a nivel micro como macro- que se esfuerza por construir relaciones de justicia e igualdad, camina hacia la reconciliación y, en esa medida, coloca signos del Reino de Dios.

La servicialidad del poder tiene que ver con su capacidad de reproducir la vida de las mayorías respondiendo a las necesidades que tienen que ver con la reproducción inmediata de la vida de éstas. No es servicial un poder que decide, a espaldas de las mayorías, qué es lo que, según él, las mayorías necesitarían. Y esto así porque, normalmente, por este camino el poder responde realmente a sus propios intereses y necesidades de reproducción.

### **2.2.3 El llamado a actuar para la satisfacción de sus propias carencias.**

Este tercer rasgo del ejercicio del poder en Jesús es la consecuencia lógica de su actividad "pedagógica". Mal podría Jesús actuar de manera que las masas empobrecidas continuaran siendo eso: ovejas dispersas.

Dar la vida por las ovejas es, entre otras cosas, apostar y apuntar en la acción por la constitución de ellas en sujeto de sus propios procesos.

Como Moisés en el desierto fue llamado a la reflexión por su suegro de cara a la necesidad de provocar participación en el ejercicio del poder, así Jesús en la escena de los panes nos indica el sentido del ejercicio de un poder servicial. No se trata de solucionar la carencia a pesar de los pobres, sino, justamente a través de la acción de ellos mismos. Evidentemente no se trata de cualquier acción. Se trata de una acción orientada por los valores del Reino que tiene a la base procesos sostenidos de conversión que disponen a los individuos y a las colectividades de esa manera.

Actuando de esa manera iremos construyendo, eso esperamos, esa gran utopía del Reinado definitivo de Dios, al mismo tiempo que la recibimos como regalo del Padre. Los cristianos creemos que esa realidad por la cual suspiramos y luchamos todos los seres humanos de buena voluntad, será verdad en algún momento y que, como dice el profeta, en esa ocasión, Dios:

"...enjuagará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado."

Ap. 21, 4

### III. La eficacia de la utopía: la necesidad de las mediaciones históricas.

Los cristianos apostamos por la utopía del Reino de Dios. Pero declaramos que esa utopía tiene algo que decir a nuestras vidas concretas. Pretendemos que el ordenamiento de las relaciones de los seres humanos entre sí, con la naturaleza y con Dios según los criterios del Reino es posibilidad cierta de realización humana. Así la eficacia de nuestra utopía se juega en su capacidad de inspirar proyectos histórico-sociales orquestados según los valores de aquella.

Es así como llegamos a la temática de las mediaciones históricas como una demanda que surge del centro mismo de la dinámica utópica si no quiere ella convertirse en una declaración de principios sin capacidad para transformar nada. Es a través de la acción humana concreta como se hace verdad la utopía. Y esta acción humana se realiza de acuerdo a proyectos específicos y realizables. Cuando hablamos de proyectos concernientes al ordenamiento de la sociedad, a maneras específicas de organizar las relaciones sociales, nos encontramos en el campo de la ideología. Estamos entendiendo ideología, como se desprende de lo dicho, como un conjunto de ideas -propuestas- en torno al ordenamiento de la vida social<sup>7</sup>.

Es a través de las Ideologías<sup>8</sup> como se organizan los diferentes conglomerados para definir y realizar las acciones que ellos consideran convenientes. Es en este contexto que decimos que la fe necesita de las ideologías para asegurar su eficacia. Dicho de otra manera, la utopía del Reino -centro de nuestra fe- sin la mediación ideológica se mostraría estéril ya que no permitiría actuar en el sentido de su construcción. En este sentido, como bien señalan los obispos en Puebla, las ideologías juegan un papel altamente positivo.<sup>9</sup>

El discernimiento cristiano consistirá fundamentalmente en el estudio de las diversas ideologías, y las organizaciones políticas que las portan, confrontándolas con los valores e intuiciones presentes en la utopía del Reino de Dios. La participación política del cristiano, partidaria o no, se orienta así a la transformación de la sociedad "apurando la historia" (H. Echegaray, 1978) hacia el Reino.

El cristiano no puede negarse a hacer opciones ideológicas, a tomar partido, pues es ésta la única manera como se pone a prueba la validez de la propuesta de la que se dice portador. Y, esto lo hace con suficiente conciencia de la parcialidad de cualquier ideología, como de cualquier elaboración o construcción histórica. Sólo el advenimiento del Reino nos colocará de cara al absoluto, mientras tanto, no tenemos más remedio que asumir responsablemente lo relativo y contingente. Es en este plano donde se ubica la acción política.

Los partidos políticos no son otra cosa que organizaciones o medios que producen y son producto de determinadas visiones ideológicas. Por lo mismo, con propuestas específicas acerca de maneras concretas de organizar las relaciones sociales: la economía, el sistema político, la vida socio-cultural, etc... En estas propuestas de ordenamiento social los diversos sectores sociales son reivindicados o no en sus demandas y necesidades. Son, de una u otra manera, interpelados a una determinada concepción de la participación. ¿Qué relación guardan estos elementos con los valores del Reino? Será la pregunta que todo cristiano tendrá permanentemente como telón de fondo de sus decisiones.

Ahora bien, los partidos políticos no son la única forma de hacer política, ni todos los cristianos o ciudadanos, ejerzan o no el derecho al voto, están llamados o tienen vocación de militancia política partidaria. Existen otras formas de participación política que no son excluyentes con respecto al partido, pero que tienen su propia especificidad. Hoy, en América Latina y en nuestro país, se han hecho presentes con mucha fuerza en el escenario social y político las "organizaciones populares" de

variados sectores. Estas organizaciones reivindican formas más cercanas y democráticas de participación. También con respecto a esta posibilidad de participación los cristianos estamos llamados a tomar decisiones.

Tanto los partidos políticos, como las organizaciones populares, ambas portadoras de ideología, son mediaciones históricas necesarias para construir la eficacia de la utopía. Es a través de ellas como podemos dar dirección a las colectividades, cada una en su nivel específico.

#### **IV. Algunas dificultades de la participación política de los cristianos**

A pesar de que lo que hasta aquí venimos planteando parecen verdades de perogrullo, sin embargo, en la práctica se presentan diversos factores que tienden a dificultar las opciones políticas concretas de los cristianos y, por lo mismo, a oscurecer los elementos señalados. Queremos tocar aquí cuatro problemas que a nuestro juicio se interponen de manera significativa en la decisión de participación política de los cristianos: a.- La tendencia al purismo político; b.- El rechazo a las posiciones ideológicas; c.- La tentación de un partido cristiano y d.- El peligro del radicalismo. Estos cuatro problemas, como veremos, están íntimamente relacionados entre sí.

##### **4.1 La tendencia al purismo político**

Acostumbrados a manejarnos alrededor de los valores absolutos del Reino de Dios parece producirse en los cristianos la tendencia a considerar todo lo relativo y contingente como algo con niveles inaceptables de contaminación e impureza. Parece como si deseáramos encontrarnos en un espacio incontaminado, preservado, asegurado en contra de las desviaciones. Donde no ocurriese esa combinación contradictoria de buenas intenciones de algunos con intereses no tan legítimos de otros, con poderes que se ejercen no siempre según lo declarado discursivamente. En fin, como si quisiéramos despojar a la actividad política del carácter ambiguo que mantiene toda realidad humana.

Esta manera de sentir es un obstáculo importante para la opción política de los cristianos. En ocasiones parece producir una tendencia a la reclusión dentro de los linderos de la actividad religiosa, como si allí la ambigüedad antes indicada no se produjera y todo lo realizado se orientase acertadamente según los valores evangélicos. Para algunos esto es considerado como una versión del "hagamos aquí tres tiendas" dicho por Pedro en la escena de la transfiguración.

Se hace necesario superar esta manera de sentir y pensar para poder arribar a opciones realistas y eficaces. De mantenernos en el camino anterior, es decir, en la búsqueda de una pureza de la acción y de los espacios como condición de la participación, estaremos condenados a dejar a otros la transformación de la realidad hacia el Reino en el que decimos creer. Y, esto así porque sólo disponiéndonos a entrar en la dinámica de lo relativo y contingente, donde se combinan siempre gracia y pecado es como podremos ir produciendo y recibiendo esa perfección que sólo llegará con el advenimiento del reinado de Dios.

#### 4.2 El rechazo a las posiciones ideológicas

En íntima conexión con el elemento anterior nos encontramos en el mundo cristiano con esta tendencia al rechazo de las opciones ideológicas. Esta tendencia se expresa, entre otras cosas, en una dificultad para entender la participación política partidaria como una opción legítima para un cristiano. Se insiste, en consecuencia, en la conveniencia de mantenerse en la actividad política pero no partidaria para asegurar un aporte que se ubica realmente en la perspectiva de la utopía del Reino.

A lo más, la participación partidaria se reduce, en esta perspectiva, a las votaciones. En algunos casos, esta concepción hace que la participación de los cristianos se entienda como sólo válida en espacios no partidarios, v. gr. organizaciones populares y otras. Entender así las cosas tiene la dificultad de que tergiversa las razones por las cuales, en determinados momentos, cristianos y no cristianos privilegian la participación popular en las organizaciones populares como creación de formas nuevas de hacer política. Y, hace aparecer como excluyentes dos formas diferentes y específicas de la actividad política: los partidos políticos y las organizaciones populares.<sup>10</sup>

Se impone pues en el mundo cristiano un esfuerzo por aprender a convivir con las ideologías y a ubicarlas en su justa dimensión, colocando también en la suya propia los otros elementos.

#### 4.3 La tentación de un partido cristiano

Las dos dificultades anteriores se expresan en muchos casos y, consecuentemente, en la pretensión de crear un partido cristiano. Allí, en ese partido, tutorado por la Iglesia y compuesto por los cristianos o por lo menos dirigidos por ellos tendríamos la garantía de la supresión de las ambigüedades y la posibilidad de orientarnos, casi en directo, por los valores del Evangelio.

Pretender un partido político cristiano es tergiversar el carácter del mensaje evangélico. No encontramos, gracias a Dios, en el Evangelio ni modelos sociales definidos, ni las estrategias y las tácticas para construirlos. Esa es una tarea que nos corresponde a nosotros con nuestras inteligencias y voluntades. En el Evangelio encontramos, como sabemos, valores que deberán funcionar como criterios de nuestras elaboraciones históricas.

La creación de partidos cristianos termina normalmente en la instrumentalización de la fe. Se convierte así el cristianismo en una ideología legitimadora de proyectos históricos determinados y, generalmente, contrarios a la vida de las grandes mayorías. Y, no importa en cual sector ideológico se coloque, la fe pierde así su capacidad crítica y posibilidad de desafiar y llamar hacia adelante superando lo existente.

En algunos casos daría la impresión de que los cristianos quisieran reproducir, al interior de los partidos u organizaciones, las mismas condiciones de existencia y participación que se dan en las - o en algunas- comunidades cristianas. Por una parte, esto significa una queja justa a la ausencia de participación real en el espacio partidario y una crítica a su verticalismo. Pero, por otra parte podría estar indicando desconocimiento y rechazo a la participación en un espacio que, por su propia dinámica, no puede reproducir las formas comunitarias.

Se hace necesario pues, mantener los elementos de la crítica, sin que ello sea óbice a la participación. Lo que es más la única manera de transformar los instrumentos de participación hacia formas más democráticas es participando en el escenario político.

#### **4.4 El peligro del radicalismo**

En algunos sectores eclesiales podría generarse el sentimiento de que en consonancia con la radicalidad de las exigencias evangélicas, la única manera de participación política de los cristianos es en aquellas mediaciones y posiciones políticas que aparecen como más radicales. Estas posturas políticas ejercen un efecto de atracción hacia algunos creyentes que pasa por encima de las mediaciones analíticas y, de las condiciones políticas reales.

Lo anterior expresa, como señalan algunos, una suerte de confusión entre "radicalidad ética y radicalidad política". Tal pareciera entonces que las posiciones aparentemente más radicales serían el lugar "natural" para la participación de los cristianos.<sup>11</sup> Esta posible tendencia tendría aún más vigencia en momentos en que la ausencia de una perspectiva clara, de modelos sociales alternativos -tal cual existían en otros momentos-

parece provocar una suerte de "fundamentalismo político"<sup>12</sup> en el sentido de una radicalización de antiguas posiciones que eleva a éstas al rango de "principios inviolables".

Se hace necesario, de nuevo, ubicar las cosas en su lugar y, entender que en la arena política es imprescindible para el discernimiento y la toma de posición la mediación analítica que nos lleva a proyectos históricos que, reivindicando los intereses de las mayorías, sean socialmente posibles. La radicalidad evangélica de ninguna manera entra en conflicto con esta manera de entender la participación.

## V. Ayudar a construir la esperanza: a modo de conclusión

Para los cristianos la realidad es siempre desafío que invita al descubrimiento de la voluntad de Dios para actuar en consecuencia. En el contexto de una situación de deterioro social que lleva al descreimiento en las posibilidades de transformación de la sociedad hacia ordenamientos más justos y fraternos; pero cuando todavía la esperanza parece asomar -quizás coyunturalmente- en el mundo popular, los cristianos tenemos la posibilidad y el deber de aportar en el fortalecimiento, la construcción de la esperanza.

Portadores de un mensaje centralmente esperanzador, los cristianos no podemos dejar de aportar este don tan preciado y que cultivamos permanentemente, *no sin dificultades, al profundizar en la fe.* Hoy, en nuestro país y quizás en América Latina, se trata de ayudar a recuperar la fe en nosotros mismos, en nuestras capacidades para hacer el bien social y político, de transformar nuestra realidad hacia valores más humanos. Se trata de mantener esta disposición a la búsqueda, la lucha y la creación de la novedad en momentos en que no tenemos las cosas demasiado claras.

Desde la esperanza tenemos la oportunidad de aportar en este proceso. Pero sólo aportaremos a él desde dentro del mismo. Sólo nos hacemos creíbles cuando somos capaces de compartir las angustias y las alegrías con todos aquellos que se enrumban en la construcción de una sociedad nueva. Es ahí el lugar de nuestro aporte. *Participar en el espacio político, según nuestras propias vocaciones y posibilidades, sin dejar de lado nuestra experiencia de fe y los espacios donde la celebramos y la cultivamos.*

## NOTAS

1. A mi juicio no es adecuado descartar esta posibilidad, ni mucho menos, plantear como una exigencia de la fe la participación elec-

toral. Una cosa es la participación política, donde evidentemente debemos estar presentes por responsabilidad ciudadana y creyente y, otra cosa es la participación en unas elecciones generales. En este último caso, es absolutamente legítimo una posición de no participación.

2. Cf. Villamán, M. *Algunos catolicismos vigentes en la República Dominicana*, *Estudios Sociales*, 73 (julio-septiembre) 62.
3. Para una clarificación del sentido en que usamos aquí el concepto de utopía, Cf. F. Hinkelammert, *Crítica a la razón utópica*, Ed. DEI, San José, Costa Rica, 1984; Cf. también: H. Zemelman, *De la historia a la política, la experiencia de América Latina*, Ed. Siglo XXI, Universidad de las Naciones Unidas, México 1989, pp. 50-63.
4. Cf. entre otros: M. Arias, *Venga tu Reino*, CUPSA, México 1980; E. Schillebeeckx, *Jesús, historia de un viviente*, Ed. Cristiandad, Madrid 1981, pp. 127-141; J. L. Segundo, *El hombre de hoy ante Jesús de Nazaret*, II/1 Historia y Actualidad, Sinópticos y Pablo, Ed. Cristiandad, Madrid 1982, pp. 127-152.

5. A este respecto comenta Zemelman:

Nos enfrentamos a una urgencia de futuro que nos obliga a concebir lo que es un producto del pasado como una situación abierta a posibilidades no previstas, en virtud de las potencialidades que contiene. En este sentido, la realidad solamente alcanza su plenitud, es decir, se completa, en el propio proyecto de construir el futuro buscado como realidad posible de vivirse como experiencia. H. Zemelman, *ob. cit.*, p. 29.

6. Como toda utopía, el Reino o reinado de Dios es balbuceado, intuido, simbolizado pero nunca tematizado totalmente. El futuro, y mucho más el futuro imaginado desde la utopía no puede ser más que indicado. De esta indicación surgen criterios y valores pero nunca una definición exacta.
7. La manera como los obispos en "Puebla" tratan la temática de la ideología nos enriquece en estas consideraciones. Plantean los obispos:

...llamamos aquí ideología a toda concepción que ofrezca una visión de los distintos aspectos de la vida, desde el ángulo de un grupo determinado de la sociedad. La ideología manifiesta las aspiraciones de ese grupo, llama a cierta solidaridad y combatividad y funda su legitimación en valores específicos. Toda ideología es parcial... Doc. "Puebla" #535.

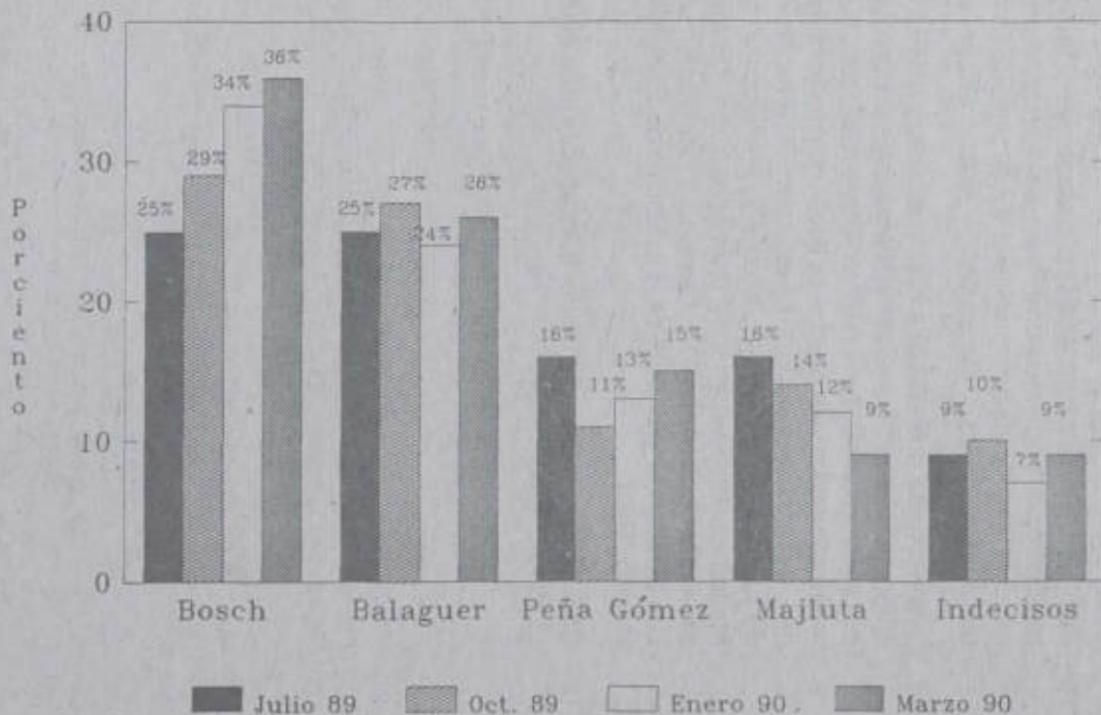
8. Esto así a pesar de algunas afirmaciones de algunos a propósito del fin de las ideologías en el contexto del llamado fin de la historia. A

nuestro juicio una cosa es la crisis de los proyectos ideológicos dominantes y otra la extinción de esta mediación para la acción.

9. "En este sentido positivo, las ideologías aparecen como necesarias para el quehacer social, en cuanto son mediaciones para la acción", "Puebla" #535.
10. Esto es aún más problemático cuando recordamos que las organizaciones populares contienen en su mismo surgimiento una crítica a la participación partidaria y a su pretensión de constituir la única instancia válida de expresión de los intereses populares.
11. "Las posturas políticas que aparecen como más radicales ejercen entonces un atractivo no por su coherencia política, sino justamente por ser "radicales", por aparecer como más "consecuentes" o más "comprometidas". La política se hace más testimonial y heroica que realmente transformadora. La experiencia ha mostrado -ya a través de años- que este radicalismo ético-político es más fuente de frustraciones -a veces muy dramáticas- que de creación de una alternativa política real". F. Castillo, *La politización en la Iglesia en: Los cristianos y la política*, ed. Centro de Estudios Ecuménicos, México, 1988.
12. Cf. L. Paramio, *Tras el diluvio, la izquierda ante el fin de siglo*, ed. Siglo XXI, España 1988.

# RESULTADOS ENCUESTAS GALLUP

## JULIO 1989 - MARZO 1990



Datos publicados por El Siglo, 20/4/90